

de dar algunos golpes prontos y decisivos se habia vuelto á sus cuarteles. Tenia la mayor vigilancia y vivia tan apercibido á un ataque como si estuviese acampado dentro del mismo México.

Dos ocasiones tuvo que medírselas con los aztecas en las inmediaciones de Tetzcoco. Una vez que mil canoas llenas de soldados atravesaron el lago para traer en ellas una gran cantidad de granos creyó Cortés que sería conveniente tomarlos para sí, y en consecuencia determinó atacar al enemigo como lo hizo, derrotándolo y trayéndose á los graneros de Tetzcoco las semillas que le habia quitado. La otra vez fué cuando habiéndose establecido un fuerte cuerpo de indios en algunas ciudades inmediatas, de paz con México, hizo otra salida, desalojó á los enemigos y sometió las ciudades. Estas maniobras absorbían todas sus fuerzas, y ninguna le quedaba para proteger á sus aliados; pero su genio fecundo se sugirió un arbitrio para suplir la falta de tropas.

Algunas de las ciudades de fuera del valle, viendo las muchas luminarias que ardian en las montañas, creyeron que los aztecas habian reunido un gran ejercito y que los españoles estaban en el mayor aprieto: enviaron, pues, mensajeros á Tetzcoco ofreciendo auxilios que el general habia rehusado cuando venia en camino. Ahora les dió las gracias y al mismo tiempo que les decia que no eran nece-

sarios, les indicaba de qué manera podian serle útil; que era defendiendo á Chalco y otras ciudades que habian pedídole proteccion. Mas los aliados tenian ódio de muerte á los habitantes de aquellas plazas que como vasallos de los aztecas, varias veces habian hecho la guerra del otro lado de los montes.

Cortés se apresuró á poner un término á esta rivalidad. Dijo á unos y á otros que debian echar en olvido sus antiguos ódios, puesto que habian entrado hoy en nuevas relaciones, que eran todos vasallos de un mismo soberano y peleaban por la misma causa contra el comun y formidable enemigo que por tanto tiempo los habia sojuzgado: que separadamente nada valdrian; pero que juntos podian robustecerse los unos á los otros y resistir á México, mientras venian españoles en su ayuda. Estas razones surtieron todo su efecto y el hábil general tuvo el placer de hacer que aquellas tribus olvidasen su inveterada enemidad, y que prescindiendo de los placeres de la venganza, tan gratos para un bárbaro, se tendiesen una mano amiga, y entrasen como compañeros en la misma empresa. A esta hábil política debió el general los posteriores triunfos de sus armas; tanto como á estas mismas. ¹

De esta suerte, se encontraba minado en su ci-

¹ Ibid, págs. 204, 205. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 19, tomo III.

miento el imperio azteca, pues los grandes vasallos en que mas confiaba habian ido separándose uno tras otro; y los aztecas propiamente dichos formaban tan solo una parte de la poblacion del valle, el cual estaba habitado en su mayor parte por tribus de la misma familia que ellos, la de los Nahuatlacos, que llegaron á la mesa central casi al mismo tiempo. Eran rivales mútuas y una por una habian ido siendo sojuzgadas por la mas belicosa de los mexicanos que las tenian sujetas á veces por la viva fuerza, y siempre por el miedo. El miedo era el gran principio de cohesion que unia los etereogéneos elementos de que se componia la monarquia azteca, la cual debia disgregarse bajo la accion de una fuerza mas enérgica. No era esta por cierto, la primera vez que las razas oprimidas trataban de recobrar su libertad; pero hasta entonces todas las tentativas se habian mal logrado por falta de concierto. Estaba reservado al genio pujante de Cortés extinguir los ódios hereditarios, combinar los esparcidos elementales de fuerza y dar á todos un principio de accion comun.¹

1 Oviedo, lleno de admiracion hácia su héroe, hace de él e siguiente elogio, prediciendo como se ha verificado, que su nombre seria inmortal: Es una bella muestra del estilo del antiguo historiador.

"Sin dubda alguna la habilidad y esfuerzo é prudencia de Hernando Cortés, muy dignas son que entre los caballeros é gente militar en nuestros tiempos se tenga en mucha estimacion, y en los venideros nunca se desacuerden. Por causa suya me acuerdo

Alentado por estos acontecimientos, creyó oportuno el momento para entablar negociaciones con la capital; y se aprovechó igualmente de la presencia de algunos nobles aztecas hehos prisioneros en el encuentro con Sandoval, para mandar con ellos una embajada. Su tenor era parecido al de la primera, y renovaba la oferta de que si se sometia la capital, Cuauhtemotzin quedaria en el trono y se respetarian las propiedades y vidas de los habitantes. Ninguna contestacion se recibió; porque el jóven guerrero tenia un ánimo tan idómito como el del mismo Cortés. Heredó todos los frutos del vicioso sistema de gobierno seguido por sus antepasados; pero al sentir vacilar bajo sus plantas el trono en que estaba sentado; se imaginó poder sostenerle él solo con su energía y recursos personales. Impidió la insurreccion de algunos de sus vasallos, po-

muchas veces de aquellas cosas que se escriben del capitan Viriato, nuestro español y estremeño; y por Hernando Cortés me ocurren al sentido las muchas fatigas que aquel espejo de caballería. "Julio César" dictador, como parece por sus comentarios é por Suetonio é Plutarco é otros autores que en conformidad escribieron los grandes hechos suyos. Pero los de Hernando Cortés en un mundo nuevo é tan apartadas provincias de Europa, é con tantos trabajos é necesidades é pocas fuerzas, é con gente tan innumerable é tan bárbara é belicosa é apacentada en carne humana, é aun habida por excelente é sabroso manjar entre sus adversarios; é faltándole á él y á sus milites el pan é vino é los otros mantenimientos todos de España, y en tan diferenciadas regiones é aires, é tan desviados é lejos de socorro é de su príncipe cosas son de admiracion." His, de las Ind., MS., lib. 33, cap. 20.

niendo guarniciones en las ciudades: á otros se los ganó exonerándoles de las cargas y tributos que soportaban, y haciéndoles ocupar los puestos mas honrosos y de mayor autoridad en el estado. Al mismo tiempo manifestaba su implacable animosidad contra los blancos, mandando que todo el que fuese cogido en sus dominios imperiales, fuese enviado derechamente á la capital, donde se le sacrificaba con toda la bárbara solemnidad que pedia el ritual azteca. ¹

1 Entre otros Señores á quienes ocurrió Cuauhtimotzin en demanda de socorros, uno de ellos fué Tangopan, Señor de Michoacan, poderosa é independiente provincia occidental, que jamas habia sido sojuzgada por los mexicanos. Las noticias que mandó el emperador azteca acerca de los blancos, fueron tan alarmantes segun cuenta Ixtlilxochitl, que al oirlas la hermana del rey, se entregó voluntariamente á la muerte, de miedo de la venida de los extranjeros. Su cuerpo fué depositado como era de costumbre, en una de las bóvedas destinadas á la servidumbre real, mientras se hacian los preparativos para quemarlo. Al cuarto dia, quedaron admirados los encargados de velarlo, al ver que daba señales de volver á la vida. La resucitada princesa, recobró la habla y pidió ver á su hermano. Luego que este llegó le rogó que ni pensase en quitar un solo pelo de la cabeza á los misteriosos extranjeros, porque habia visto arder en fuego inextinguible las almas de todos sus antepasados; mientras estaban en la gloria las de todos los que abrazaban la fé de los blancos. En señal de ser cierto lo que contaba, dijo á su hermano que en una gran fiesta que estaba para celebrarse veria á un guerrero mancebo con una antorcha mas brillante que el sol, en una mano, y una espada de fuego semejante á la que usaban los españoles, en la otra; el cual atravesaria la ciudad de Oriente á Poniente.

El historiador no nos dice qué tanto esperó la vision el monarca; ó si jamas la vió; pero lo cierto es que acaso creyendo prueba suficiente la resurreccion de su hermana, mandó disol-

Mientras esto pasaba, recibió Cortés la noticia de que los bergantines ya estaban concluidos y en espera de que se les trasportase á Tetzucoco. Destacó para que fuesen á traerlos una partida de doscientos infantes y quince de á caballo, á las órdenes de Sandoval, hidalgo que habia ido ganándose el afecto tanto del general como del ejército. Aunque era uno de los oficiales mas jóvenes tenia la prudencia y rectitud de juicio necesarias para desempeñar las mas delicadas comisiones. Otros habia como Alvarado y Olid, por ejemplo, cuya intrepidez estaba á prueba; pero el valor del primero llegaba á veces hasta la temeridad ó era pervertido por la violencia; y el segundo, Olid, de carácter recóndito y ambiguo, no era digno de confianza. Sandoval era oriundo de Medellin, la patria de Cortés: le era á este muy adicto y siempre habia correspondido á su confianza: era hombre de pocas palabras y que mostraba su mérito mas bien por lo que hacia que por lo que decia. Su conducta honrada y su trato marcial le

ver un fuerte ejército que habia reunido en las llanuras de A-valos, con objeto de auxiliar á su hermano de México.

Este cuento con otros muchos incidentes que no he creido del caso repetir, quedó consignado en las pinturas gerogíficas de Michoacan, y lo refirió el nieto de Tangopan á Ixtlilxochitl mismo. (Hist. Chich., MS., cap. 91.) Quien quiera que sea quien se lo refirió, no es difícil descubrir en la misma mano piadosa que el Antiguo Continente inventó tantas embrolladas fábulas en pró de la iglesia, y que en la credulidad del Nuevo, encontró cosecha abundante para la misma buena obra.

habian grangeado el afecto de las tropas y aun el de sus enemigos. Desgraciadamente murió en la flor de su edad; pero descubrió grandes prendas militares que si hubiese vivido, lo que es natural, le habrian colocado en el catálogo de los grandes capitanes de su nacion.

Sandoval tenia que pasar por Zultepeque, la ciudad donde fueron asesinados los cuarenta y cinco españoles, y recibió órdenes de castigar debidamente á los culpables, siempre que pudiese haberlos á las manos.

Al llegar los españoles se encontraron con que todos los habitantes habian huido al tener noticia de su venida. En los abandonados templos encontraron los vestigios de la desgracia de sus compatriotas; pues vieron suspendidos como trofeos, no solo las armas, vestiduras y arneses de los caballos, sino varias cabezas perfectamente conservadas. En un edificio contiguo encontraron escrita con carbon la siguiente inscripcion: "aquí estuvo preso el sin ventura Juan Juste, con otros muchos que traia en mi compañía." ¹ Este hidalgo fué uno de los compañeros de Narvaez, con el cual vino en busca de oro; pero en vez de esto encontró oscura y poco gloriosa muerte. Los ojos de los soldados se llenaron de lágrimas al ver aquel triste recuerdo, y sus

¹ Bern Diaz, cap. 140.

corazones ardieron de ira al pensar en el horrible destino de sus compañeros. Afortunadamente los habitantes no estaban presentes, pero algunos que cayeron prisioneros despues, fueron marcados como esclavos. La mayor parte de la poblacion que imploró del modo mas abyecto la misericordia de los conquistadores, imputando toda la culpa del asesinato al emperador azteca, fué perdonada de Cortés, ya le tuviese lástima, ya desprecio. ¹

El capitan continuó su marcha hácia Tlaxcallan; pero apenas habia pasado las fronteras de la república, cuando descubrió la bandera flameante de los bergantines que ya venian atravesando los desfiladeros de la sierra. Gran placer le causó aquel encuentro; porque habia temido tener que detenerse en Tlaxcallan algunos dias, antes que poder emprender con ellos su regreso.

Eran por todas trece naves de todos tamaños, y habíalas construido el experimentado Martin López, ayudado de otros tres ó cuatro carpinteros españoles y de los indios aliados que mostraban grande habilidad para imitar. Una vez concluidas, para probarlas se las echó en las aguas de Zahuapan, y despues se las redujo á piezas; y como Martin López estaba impaciente de la tardanza, puso en hombros de cargadores la madera, clavazon, velámen,

¹ Ibid, ubi supra. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 19. Relac. Terc. pág. 206.

jarcia y demas, y bajo buena guardia emprendió su camino para Tetzcoco. ¹ Saldoval despidió por parecerle supérflua, á una parte de la escolta india.

Con todo, le quedaron veinte mil indios que dividió en dos cuerpos para proteger el centro donde iban los bergantines. ² Su cuerpo de españoles los distribuyó de igual manera. Los tlaxcaltecas de la vanguardia iban bajo las órdenes de un gefe que era la gloria del nombre chichimeca; y cuando despues juzgó conveniente Sandoval cambiar el orden del ejército y dejar á la retaguardia el cuerpo que venia por delante, su engreido comandante se resistió vivamente y reclamó que le pudiesen en la vanguardia que era el puesto que él y sus abuelos habian ocupado siempre, por ser el de mayor peligro. Algo le contestó Sandoval, diciéndole que precisamente por esta razon lo ponía á la retaguardia, pues consideraba que por allí podria atacarles el enemigo mas facilmente. Pero aun despues de esto le disgustó sobre manera ver que el capitan espa-

¹ "Y despues hechos por orden de Cortés y probados en el rio que llaman Tlaxcayan Zahuapua, que se atajó para probar los bergantines y los tornaron á desbaratar por llevarlo á cuertas sobre los hambros de los de Tlaxcallan, á la ciudad de Tetzcoco donde se hecharon en la laguna, y se armaron de la artillería y municion." Camargo, Hist. de Tlaxcallan, MS.

² Relac. Terc., pág. 207. Bernal Diaz dice que 16.00- (Ibid ubi supra.) Hay admirable acuerdo entre todos los escritores castellanos afuerza del ejército, el orden de la marcha y los cesusos que ocurrieron en ella.

ñol venia a su lado, pues no queria, segun parece, que nadie partiese con él el laurel de la victoria.

Tarda y penosamente atravesaron las tropas con su pesada carga, las escarpadas eminencias y estrechos desfiladeros del camino, durante el cual varias veces estuvieron espuestos á los ataques del enemigo. Pero aunque varias partidas de tropas enemigas se presentaron por los flancos y retaguardia, se mantuvieron siempre á una respetuosa distancia, temerosas de habérselas con tan formidable enemigo. Al cuarto dia llegó el convoy á la vista de Tetzcoco.

Cortés y las tropas vieron su llegada con regocijo, por considerarla como una señal de la pronta terminacion de la guerra. El general y los oficiales vestidos de toda gala salieron á recibir el convoy, el cual ocupaba dos leguas y caminaba tan lentamente que las filas tardaron seis horas en acabar de entrar á la ciudad. ¹ Los gefes tlaxcaltecas desplegaron todo el lujo que acostumbraban en sus vestidos marciales; y el ejército todo estaba de lo mas vistoso: marchaban al son de atabales y cornetas, y al atravesar las calles de la ciudad la hicieron resonar con los gritos de: ¡Viva, viva el emperador y Castilla, Castilla, y Tlaxcallan, Tlaxcallan." ²

¹ "Estendíase tanto la gente, que desde que los primeros comenzaron á entrar, hasta que los postreros hubieron acabado, se pasaron mas de seis horas, sin quebrar el hilo de la gente." Relac. Terc., pág. 208.

² Bernal Diaz, cap. 140. En cuanto á los pormenores de

“Era cosa maravillosa de ver y de oír,” esclama el general en su carta, “¡ser llevadas trece naves de guerra; en hombros de cargadores, diez y ocho leguas por tierra.”¹ Era en efecto cosa extraordinaria y sin ejemplo en la historia antigua ni moderna; y cosa que solo un ingenio como el de Cortés pudo inventar y solo un espíritu tan emprendedor como el suyo pudo llevar acabo. Pocos preverian cuando ordenó la destruccion de la flota en que habia venido y mandó guardar la clavazon y el velámen; pocos preverian el uso á que destinaba aquello; uso de tal manera importante que pudiera decirse que de esa prevision dependió el feliz éxito de su grande empresa. ²

espedicion de Sandoval, véase: Oviedo, Hist. de los Ind., MS. lib. 31 cap. 19. Gomara, Crónica, cap. 124. Torquemada, Monarq. Ind. lib. 4, cap. 84. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 92. Herrera, Hist. Gral, dec. 3 lib. 1, cap. 2.

¹ “Que era cosa maravillosa de ver, y así me parece que es de oír, llevar trece fustas, diez y ocho leguas por tierra.” (Relac. Terc. pag. 207) “En rem, romane populo quando illustrius res illorum vigeant, non facilem.” Pedro Martir, de Orbo Novo, dec. 5, cap. 8.

² Dos ejemplos se recuerdan de un trasporte de naves por tierra; el uno en la Historia antigua, y el otro en la moderna; ambos, ¡casa raral en el mismo lugar, en Tarento, en Italia. El primero ocurrió cuando el sitió de esta ciudad por Annibal (V. Polibio, lib. 8); el otro acaeció 17 siglos despues, cuando el gran capitán Gonzalo de Cordova; pero la distancia de donde se las trajo era muy pequeña. Un ejemplo mas análogo es el de Balboa el audaz descubridor del Pacífico. Dispuso que fuesen trasportados cuatro bergantines á la distancia de veintidos leguas, atravesando el Istmo de Darien; pero á pesar del estupendo trabajo que se emprendió, no se logro enteramente la empresa, pues

Recibió á sus aliados indios con la mayor cordialidad y les manifestó su agradecimiento por el importante servicio que acababan de prestarle, de la manera que creyó que halagaría mas su espíritu ambicioso. Los bravos guerreros le contestaron: “nosotros venimos á pelear bajo vuestra bandera, á vengar nuestro agravio comun, ó á morir á vuestro lado. Urgidos por la impaciencia que les era genial, e instaron para que al instante les condujese al combate; pero Cortés trató de temprarlos, diciéndoles que reposasen y que presto les daría las manos llenas.”¹

solamente dos naos llegaron al lugar de su destino. (Véase Herrera, Hist. Gral., dec. 2. lib. 3, cap. 11.) Esto se verificó en 1516, poco tiempo antes de lo de Cortés, cuyo génio emprendedor acaso de allí tomara la idea de su grande empresa, la cual fué mas feliz, pues era mas vasta.

¹ “Y ellos me dijeron que traian deseo de se ver con los de Colhua, y que viesse la que mandaba, que ellos y aquella gente venian con deseo de su venganza ó morir con nosotros: yo les di las gracias, y les dije que reposasen y que presto les daría las manos llenas.” Relac. Terc. en Lorenzana, pág. 228.